



San Ignacio del Masparro, 18 de julio de 1984

R.M.

CARMEN

**Caracas.**

Mi querido M. Cleofé:

Ud. es ahora Carmen como era en su principio, pero para mí la incansable, la intrépida, se llamará siempre Cleofé. La que yo he visto llena de espíritu de Fe y Alegría, era Cleofé. Por eso a la que está ahora enferma y amarrada por el sufrimiento, le dedico esta carta del Masparro; y como le deseo ahora tanto valor, como cuando yo la he visto día tras día en el Barranco de La Línea, moviendo cielo y tierra, la llamo Madre Cleofé.

Cuando supe que estaba delicada de salud, pensé que sería algo sin importancia, pues no me parecía posible, que a Ud. la doblegara una enfermedad. Pero después mi hermano José Manuel, que la ha visitado, me ha contado que los médicos la han sometido a una fuerte operación de mandíbula y garganta.,

Hoy quiero recordarla, como la veo en el Barranco horrible, cargado de ranchos, de tugurios miserables, en aquella calle que recorría la antigua línea de ferrocarril de La Guaira, que a veces no tenía ni un metro de anchura, pues las casuchas y la anarquía de la gente, sea del lado del monte, sea del lado de la quebrada profunda, la ocupaban casi entera. Por todas partes las hediondas aguas negras cortaban el camino y a pesar de eso la M. Cleofé empujaba una carretilla de mano, en la que llevaba un buen montón de bloques de cemento. Delante y detrás de ella una gran tropa de muchachos pequeños llevaban tam-

bién un bloque cada uno, acompañando a su querida Directora.

En la calle Italia descargaban los camiones del contratista millares de bloques y todos en manos de sus muchachos, tomaban el camino de centenares de metros por la empinadísima cuesta abajo, hacia donde en cinco días se construyó un muro de ochenta metros de largo y tres de alto, con sus columnas de hierro y cemento intercaladas. Se comenzó un lunes al clarear el día y el viernes ante los ojos asombrados de los malandros, que obstaculizaban la Escuela, con sus gritos y obscenidades, estábamos protegidos de su estupidez por el muro protector.

Esa fue la gran victoria de la primera semana. Les tomamos la delantera. Gruñeron la destrucción de la pared, pero su indignación quedó en meros rezongos y groserías ante el contento de todas las familias buenas, que querían la escuela y verse libres del azote de aquellos bárbaros. Siguió sin interrupción el trabajo de paciente acarreo semana tras semana y después siempre que fue necesaria una ampliación o mejora.

Toda la gente sensata hubiera dicho, que allí era imposible una Escuelita y mucho menos un Colegio de cuatro pisos con cerca de quinientos alumnos como se fue construyendo en aquel precipicio. Eso me lo enseñó Ud. y otros como Ud. , que supieron decir: "se puede" donde todos, decían: imposible.

Un día en que yo, asombrado, contemplaba aquel hormiguero de amor, que Ud. había suscitado entre sus muchachos, que bajaban aquellos senderos de cabras, abrazados cada uno a su pesado bloque de cemento, escuché a un pequeño que lloraba estrepitosamente y al

preguntarle ¿qué le pasa, mi hijito...? con la boca atragantada por los sollozos, me respondió: "no me dejan cargar bloques... ¡¡¡no me dejan cargar bloques...!!!"

Su gran desconsuelo era, que no lo dejaban gozar cargando bloques, como gozaban todo el resto de sus compañeros. Era tan chiquito que dos bloques, pesaban más que él.

Los muchachos cubrían con su alegría la pendienteísima ladera. Hoy creo, que ninguno de ellos que hace años son hombres hechos y derechos, se habrán olvidado de que, alentados jubilosamente por su Madre Cleofé, contribuyeron más que los albañiles, a construir una hermosa Escuela, grande y llena de flores.

¡¡¡Y cómo me voy a olvidar yo, si ese ejemplo y otros parecidos, que me han entusiasmado a lo largo del camino de Fe y Alegría, son los que me tienen, como un viejo feliz en San Ignacio del Masparro...!!!

El otro día un Padre compañero mío, me decía: "tú si eres optimista..." y se reía cariñosamente. "Dices que te van a faltar Santos de la Compañía y advocaciones de la Virgen, para todos los Institutos Agro-Pecuarios-Forestales, que vas a fundar en los llanos..."

Pues M. Cleofé... no sé si serán tantos los que yo pueda empujar... Tampoco sé seguro, si otros se animarán a fundarlos... pero vistas todas las cosas y considerando que Fe y Alegría ya coordina más de cuatrocientos Colegios, nada tiene de imposible, que fueran pronto más de Cien, los Centros Educativos, para Campesinos Muy Pobres, que empezando en los Llanos de Barinas, se fueran extendiendo por el resto de Venezuela y de América, sin pensar por ahora en África, donde este tipo de Planteles tendría un ámbito excelente y pudiera empezar mañana.

Hay campesinos necesitados para eso y para muchísimo más. Y me pregunto...: ¿Por qué no van a brotar todos los Colegios que hagan falta, del corazón de la Iglesia y de la caridad de los cristianos...? Sin duda, que sólo por nuestros pecados no existen ya.

M. Cleofé, ya sé que está sufriendo mucho y que esa enfermedad le está ladrando en la garganta y en la lengua, sin compasión... No me atrevo a decirle nada. Sé yo tan poco de

sufrimientos y de dolor, que no tengo ánimo para darle consejos, sólo le pido que se acuerde ante el Señor de estos Pobres, que son tan Pobres, que necesitamos del amor de otros Hermanos que rueguen por ellos y que les ofrezcan algo de lo que tienen.

Si a Ud. le sobra ahora dolor, mándelo por aquí, unido al amor de Cristo Nuestro Señor, pues es seguro que será fecundo.

Para que su atención tenga agarradero, le cuento que estamos haciendo cosas muy sencillas. Estamos fumigando el maíz, para librarlo del gusano cogollero. Mi compañero, el profesor Barberá, está ahora en Barinas, comprando abonos, también para el maíz y para los topochos y los cambures. Estamos queriendo mejorar los caminos, para superar el barro que nos trae la lluvia. Seguimos desforestando el monte bajo, para ir aumentando el área de cultivos.

Todas estas cosas las haría Ud. aquí mejor que yo.

En estos momentos la mezcladora bate el cemento, la arena y las piedras, pues le estamos poniendo el suelo a una habitación grande. En ella pronto dormirán los Alumnos de San Javier, que vengan a ayudarnos en vacaciones. Unos nos echarán una mano en los trabajos más rústicos de la agricultura, como limpiar de hierbas y otras malezas los sembrados de yuca y maíz. También empezarán a aprender el manejo y el cuidado del tractor agrícola y de sus implementos.

Otros van a montar un elemental taller, para los trabajos de madera. Ya tenemos cortada una cierta cantidad de ésta. Gracias a unas guías que le ponemos a las motosierras, sacamos tablas, tablones, cercos, alfaradas, viguetas. Esta madera nos proporciona material, para puertas y ventanas, para soporte de los techos, en los que montamos las láminas metálicas de las cubiertas y para muebles elementales.

Ahora le vamos a poner el suelo a la segunda planta, que va sobre el comedor, la cocina, la despensa y los baños. Este suelo va a ser de tablones de cinco centímetros de grosor y de tres metros de largo. Es una prueba de entablado en madera, que sustituirá las pla-

tabandas de cemento que parece que nos salen más caras aquí.

Hace poco estuvo de visita toda una Delegación de Nazaret con la M. Monserrat. La M. Pilar y su hermano Sacerdote, la M. Sacramento Badoja y una Madre Joven, que es de Santa Rosa, aquí cerca y antigua alumna de Punto Fijo. En este momento no recuerdo su nombre. Yo acababa de salir para Mérida y sentí mucho no poderlas acompañar en el Masparro.

Según me dicen recorrieron una parte de la finca, comieron bastantes ciruelas de jobo, navegaron en una piragua por el río y después de todo esto, al otro día vinieron a San Javier del Valle Grande a visitarme. Allí conversamos sobre el significado que tiene San Ignacio del Masparro y en especial tuve la gran sorpresa de abrazar a la M. Sacramento, a la que no veía ya hace años.

Recordamos cosas de Alta Vista en sus comienzos y en especial aquellas salidas de la M. Sacramento a Quinta Crespo, para mendigar los mercados, con los que sostenía a la Comunidad y ayudaba a seis familias, especialmente Pobres. Me acordé mucho de las pláticas espirituales, que les hacía a los Muchachos y cómo éstos le miraban con especial veneración.

Como ve M. Cleofé, tengo muchas cosas que admirar y más que agradecerle al Señor.

Se me ha olvidado decir que después de construido el Colegio de la Línea, me puse a verificar algunos cálculos, sobre el peso de los materiales, que en aquel verdadero puente aéreo bajaron sus muchachos.

Mi apreciación es que transportaron en más de dos años hasta allí abajo, ógalo, bien: Más de Doscientas Toneladas. Es decir, más de Doscientos Mil kilos a puro brazo o sería mejor decir, que a fuerza de débiles bracitos.

Y el mayor invento de ayuda, fueron una especie de parihuelas de madera en que entre dos bajaban un saco de cemento y unos canales de cinc, por los que, como en una tubería acostada en la ladera, bajaba la arena que traía los camiones, hasta donde construíamos la Escuela.

Ya muy tarde, construimos con la ayuda del taller de soldadura, que teníamos en Roca Viva, una larga escalera de hierro que facilitó el resto de las mejoras que fuimos llevando.

Estas cosas y otras parecidas, M. Cleofé, me dan ánimo aquí porque, aunque estos hermosos campos son muy distintos de los malolientes suburbios de Caracas, son muy parecidos en que están llenos de desafíos, frente a los cuales, la mayoría de los dirigentes naturales y de las personas cultas preparadas, dicen: que no hay nada que hacer.

Y es aquí donde todo está por hacer, porque los que tenían obligación de hacerlo, han vuelto la espalda, como ante el Barranco de la Línea, que Ud. se atrevió a desafiar y a vencer.

En esta calma y en esta soledad yo me pregunto: ¿Por qué en Fe y Alegría han sido tan frecuentes los claros heroísmos, que sin la necesidad de brillantes espadas, sino con la generosidad silenciosa y abnegada le han dicho sí, al servicio de los Más Pobres y Humillados, ante el cual sólo peroran desde sus cátedras personas muy versadas y llenas de láureas en Teología, en Sociología y en Planificación?

Yo veo con frecuencia las fotografías de un grupo numeroso de mujeres llevando piedras y tierra en su misma falda, para allanar las terrazas de Pura-Pura y de la Portada en La Paz. Allí el Municipio nos donó dos terrenos muy inclinados y pedregosos y Humberto Portocarrero animó a la gente de ambos barrios, a sacar dos terrazas planas. No tenían ninguna máquina, ni siquiera carretillas, ni canastos, para hacer el trabajo. Los hombres cortaban con los pocos picos y palas que tenían y cargaban a las mujeres con la tierra, para que la echaran a la quebrada.

Allí se levantaron a los dos años de enormes esfuerzos dos buenos Colegios. Se pudo pues, donde no se podía. Pero como los trabajos iban muy lentos, por lo precario de los recursos y el Gobierno ya nos empezaba a dar los sueldos de los doce Maestros para los que no había aulas, Humberto confió en el poder casi ilimitado de la gente más pobre, que a veces es capaz de dar lo que para otros es inconcebible.

Les dijo en una reunión de Padres de Familia en cada barrio: "Si seis familias en la Portada y seis familias en Pura-Pura, ceden la pieza más grande de su casa, tendremos desde el mes que viene a los doce maestros dando clase". Y así fue.

De cómo durante un año entero funcionaron doce Maestros en sus doce aulas prestadas, en las casas de doce familias, de los paupérrimos barrios de La Paz, es otro Capítulo que tiene el hecho maravilloso del Curso Peregrino, del cual escribiré otra vez. Esa vez también se pudo, donde todos hubieran dicho que no se podía y que empezar así era una gran imprudencia y una verdadera locura.

Una de las veces que yo bajé al trabajo de la Escuela de la Línea la vi a Ud. con el hábito totalmente mojado de sudor y la toca almidonada que entonces llevaba pegada a la frente y a las mejillas como si fuera un pañuelo sacado de una palangana de agua. Ud. empujaba la carretilla llena de bloques.

Recuerde, mi querida M. Cleofé, que el Señor le dio juventud, entusiasmo y bellos resultados, como yo sé que le dará amor y paciencia, para ofrecerle lo que ahora tiene, que vale muchísimo más todavía.

Y si El es tan buen recordador, que no se olvida de un vaso de agua fresca, dado en su nombre, ¿cómo se va a olvidar de los litros de sudor que Ud. derramó, día tras día en favor de sus pequeñuelos...?

Cuando cuento estas cosas, más de uno de los que las lean, pensará que las agrando, pero Ud. es testigo, que las cuento brevemente y que me guardo otras muchas más delicadas y secretas.

El P. Blajot me escribía hace días, que él me admira el entusiasmo juvenil que Dios me concede a los setenta y tres, camino cuesta abajo hacia los setenta y cuatro, y yo tengo que responderle, que es en parte verdad lo que dice, pero que yo he visto tanto coraje y consagración a cosas grandes en mi vida, que tendría un temperamento de molusco, si no se me hubiera pegado algo y quisiera imitarlas.

Empezando por mi madre, que en gloria esté, vi siempre dedicación absoluta a sus hijos y a lo que ella creía que era su deber y la ver-

dad. Esto sin ningún alarde, pero con entereza y una cohesión que estaba en el cimiento de su fe y en su piedad.

Si empiezo a enumerar los ejemplos, que he visto en Fe y Alegría, no sé qué puedo decir al mencionar algunos, pues tengo por fuerza que callar otros, por falta de espacio y por no ser éste precisamente el momento apropiado.

Pero créame que tengo que agradecerle mucho a Dios, que me ha dado tantos ejemplos que imitar. Y cuando un hombre quiere hacer algo grande, sabe de sobra, que esa es tarea continuada de muchos, como lo ha sido el esfuerzo de Fe y Alegría.

Yo le pido a Ud. la limosna de sus sufrimientos y de sus oraciones que ahora valen más que nunca. Pida para que vengan a llevar esta Obra personas sencillas y generosas que no se enreden con sus propios deseos y pensamientos, ni se dejen enredar por voces complicadas y engañosas.

He visto ya tanto sabio inútil y sobre todo inoperante y a veces ácidos y distorsivos, que tengo el peligro de ser injusto con las personas mejor preparadas y por el contrario, han sido tantas las personas tan sencillas como Abraham Reyes, que han llevado a cabo obras tan difíciles en Fe y Alegría, que pareciera que yo prefiero ante todo la buena voluntad aunque esté desprovista de preparación.

Algo de eso es verdad, pero para ser más claro y preciso, diría, que aquí ante todo, lo que tenemos que enseñar es a "Vivir mejor". Esta debe ser la gran asignatura de esta Obra.

Vivir mejor se compone de estos y otros ingredientes elementales y parecidos: Comer mejor, producir mejor, habitar mejor, remediarse mejor, prever mejor, vender mejor, comprar mejor, aprender mejor, asociarse mejor, divertirse mejor, pensar mejor, atreverse mejor, creer, esperar y amar mejor.

¡¡¡Qué bella pedagogía...!!!

Qué cosas tan sencillas y qué cimiento macizo, para formar un Pueblo Liberado e Intrépido.

Pídale al Señor entre las lágrimas de su sufrimiento, que vengan a San Ignacio del Masparro y a los planteles que van a brotar de él,

Maestros Sabios y Valerosos, Abnegados e Inteligentes que tengan el gran atrevimiento de imitar al Maestro que dijo: "Yo soy la Vida" impregnándose de esa Vida, para viviéndola, transmitirla, como fuerza liberadora, elevadora y transformadora.

Como esa Vida estuvo en el pequeño horizonte de Nazaret y de los caminos pueblerinos de Palestina, así también puede florecer en medio de nuestros maíces, de nuestras lechozas y cambures o apacentando nuestras incipientes vacadas o contemplando nuestros mangos y samanes.

Madre Cleofé, estoy envuelto en humo, casi azul. Ud. sabe que no fumo. Es de una lata vacía de las grandes de leche en polvo. Le hemos puesto virutas de madera y un poco de gasoil, para ahuyentar los jevenes y mosquitos, que quieren acompañarme cariñosamente mientras trato de pasar un rato con Ud. Sobre todo les gusta divertirse conmigo entre siete y nueve de la mañana aunque no tienen hora fija. En la cama se les pone una barrera infranqueable, para ellos, con un mosquitero de tela apretada, que algunas noches da algo de

calor, pero lo deja a uno esperar el sueño en paz.

Ahora el humo aunque a veces pica también un poco, nunca hace ronchas como los voraces y pequeños mosquitos. Por eso me puedo concentrar y escribirle. Como se dice, que no hay rosas sin espinas, también puede decirse casi siempre con verdad, que no hay Llano sin mosquitos, por hermoso que éste sea.

En verano algunos se van de vacaciones. La mayoría. Pero algunos siempre se quedan, para acordarnos que sus hermanitos volverán.

Le vuelvo a pedir que ahora nos encomiende más que nunca, para que Fe y Alegría sea fuerte, atrevida y siempre maternal.

Gracias por los sabrosos duraznos que me trajo en mi convalecencia.

Que Dios se lo pague como El sabe pagar.

Un abrazo.

*P. José María Vélaz, S. J.*